

Caligrafía china

Marco Martos

CALIGRAFÍA CHINA

El río azul circunda tus pulmones,
el río rojo llega a tu corazón,
y un líquido transparente
explora todos los escondrijos,
venas, arterias,
y fluye en las yemas de tus dedos
que escriben en la verde mañana
un poema amarillo de amor.

RELOJ DE COLORES

El agua es un reloj de colores
que se desliza entre los arrecifes.
Es azul en la mañana,
cuando cantan los gallos del pueblo,
verde de peces y algas
en el sol del mediodía
y plata en la oscura noche
cuando duermen las gallinas,
bermellón cuando comienza la guerra
y negra cuando acaban los conflictos
y los tiburones rondan
a los desvencijados barcos,
con dientes blanquísimos
y dentelladas de fuego.
Vuela el albatros, vuela y vuela.

LO QUE DURA

El cielo y la tierra
parecen eternos
y el agua de los mares.
Los ríos duran
y nacen o mueren
con las estaciones.
Apareces como la luz
del amanecer,
radiante luego
y después sombra de la noche.
Dejas tus huellas digitales
en la puerta de tu casa,
en tus tazas, en tus platos,
en tus libros.
La luz desaparece
cuando finan tus hijos
y tus conocidos.

MÚSICA

A lo lejos oigo la música,
el extraño orden de tus dientes
que chocan como copas
cegadas por el perfume de la noche,
enigmas enemigos
que evocan el rumor de los eucaliptos
cantando con el viento
en el centro de la plaza,
cielos azules, látigos de hielo
en las lindes de los cerros,
aguas crueles, remolinos
que trituran el deseo
mientras acaban las tinieblas
en roncadas ráfagas de luz
y de olvido.

FLOR

Observo en el jardín
la orquídea que traje de Moyobamba
y que cuelga en el aire
en ese poco de tierra
apeñuscada en un cazo.
Es la belleza iluminando
la eternidad, aunque dure un instante,
una pureza de color morado
que semeja a un quieto pájaro.
Vivo para esta flor,
siento que respiro
y entro en la perfección de la mañana.

LA PERFECCIÓN DEL AIRE

Este recipiente de greda en su aspecto humilde
anuncia la belleza, la perfección del aire que lo llena.

Una gota de agua discurre en la flor amarilla
que luce en su pico la oropéndola.

Todo lo que se mueve muestra la eternidad, y lo que está quieto.

Silba la sierpe azul y ulula el viento en toda tierra.

Dúctil barro, habla con el silencio
y con los astros y planetas.

GANSOS

Pasan las estaciones rápidas,
gansos salvajes volando hacia el sur.
Pareciera que todo se repite:
fríos, calores, nieblas, heladas,
el rumor de las hojas en otoño,
los días y los días y los días,
pero cambia el color de tus ojos
y te quedas sola, acurrucada,
con el graznido del viento
en la noche estrellada.
Lejos, los gansos salvajes
emprenden el vuelo del retorno,
y dan vueltas y vueltas
en la eternidad
y en tus ojos.

EXTRANJERO

Anduve por el mundo
buscando el vellocino de oro.
He recorrido los cráteres cubiertos de nieve,
las palmeras a orillas del mar,
las ciudades y sus bullicios
y la iniquidad de los hombres.
Nada he encontrado diferente
a lo que conocí en mi infancia.
He regresado entonces
a buscar lo más remoto,
aquello que se escondía
en la belleza de mi casa.
Solo queda un muro amarillento,
una ventana de barrotes desvencijados,
una puerta cerrada a piedra y lodo,
y detrás nada o, dicho de otro modo,
pequeños montículos de tierra arrasada
por la incuria de los hombres.
Un niño me dice, mirándome azorado:
—¿De dónde eres, extranjero?

TINIEBLAS DE ABRIL

Veo partir a los gansos salvajes hacia el sur
y se me acongoja el corazón
pues son la estela que anuncia tu viaje,
el palpito y el vaticinio de que no volverás.
Donde quiera que estés serás inaccesible,
apenas te llegará mi voz como un eco de un eco
del susurro de una flor.
Tal vez mire a los gansos en otra estación
y una lágrima tuya
pugne en mi ojo, ansiosa por salir,
tal vez solo escuche el rumor del viento
y el aleteo de las lechuzas dando vueltas
alrededor del blanco campanario
en las tinieblas de abril.

COMO UN PÁJARO PLATEADO

Contemplo las nubes que nacen abajo
en las laderas de la montaña.
Mi vista se pierde en los caminos del futuro
que serpentean la tierra labrada.
Estuve aquí con Dafne cuando era muy pequeña,
ahora ella vuela por el mundo
como un pájaro plateado
y me toca guardar su casa,
cuidar a sus niños,
jugar con su perro,
mimar a su gato.

RÍO AMARILLO

Hierve el río amarillo
que corre debajo de la tierra
y de otras aguas.
Las almas de los muertos navegan rápidas
y cumplen sus deseos
junto a las flores rojas
de los hibiscos cálidos
en las profundidades.
Hay melocotones en las orillas
y gansos salvajes con sus alas desplegadas
que vuelan encima de las correntadas.
Los finados, ellos solos,
tienen los amores que les parecían inalcanzables,
estallan en risas y abrazos
y luego se duermen como niños recién nacidos
en las turbulentas aguas del río amarillo.
Y así nos parecen vivos descansando
cuando los soñamos.

SOSIEGO

Mis palabras eran de seda
y mis gestos finos
colmados de alegría
cuando regresaba de la escuela
y me abría mi madre
la puerta de su corazón.
Sosegado, le hablaba a su cerebro,
atónito de que fuera tan buena, tan de verdad.
El viento agita ahora mis cabellos grises
y mis pensamientos se van con las nubes
hacia el mar y hacia las islas,
se sumergen en las límpidas aguas,
van a lo más hondo de las cavernas y por túneles de tiempo
se quedan contemplando a la delicada mujer
que gira el pestillo de la madera, abre sus brazos
y me lleva a su sombra,
lejos del sol abrasador.

IR Y VENIR

Vuelan sobre el lago los gansos salvajes,
pueblan un rato los verdes islotes
antes de perderse en el horizonte,
con las alas desplegadas, camino del sur.
¿Qué encuentran en ese lugar misterioso?
Si tanto aman aquello que buscan
¿por qué retornan sigilosos a nuestros lares?
Graznan cada verano en nuestros campos de trigo,
luego se difuminan en las blancas nubes,
en el azul absoluto, camino del sur.